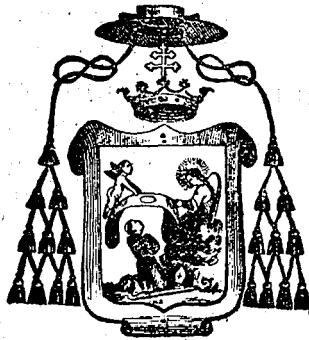


SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demás que convenga al interés del Clero.



Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

VICARÍA GENERAL ECLESIASTICA

DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Circular.

Su Ema. el Cardenal Arzobispo mi Señor, con fecha 8 del corriente, me dice lo que sigue:

«S. M. la Reina (Q. D. G.) se ha servido dirigirnos la Real carta del tenor siguiente:—La Reina.—Muy Reverendo en Cristo Padre Cardenal de Alameda mi muy caro y muy amado amigo Arzobispo de Toledo Primado de las Españas, Canciller mayor de Castilla, del antiguo Consejo de Estado, Senador del Reino. Terminada felizmente la guerra de Africa con el tratado de paz que acaba de celebrarse y ratificarse os ruego y encargo me acompañeis á tributar á Dios nuestro Señor las mas rendidas gracias por las victorias que se há dignado conceder á mis armas en tantos encuentros y ventajas obtenidas en el convenio, y me ayudeis á pedir á su Divina Magestad por el eterno descanso de las almas de los fieles muertos gloriosamente en la pasada lucha, ó con ocasion de ella disponiendo que unos y otros actos sean públicos y solemnes en todas las Iglesias dependientes de vuestra jurisdiccion ordinaria, y comunicándolo á los Prelados de las exentas de ella en este Arzobispado que no pertenezcan á la de las cuatro órdenes Militares ó á otra de las que conserven su exencion por el último Concordato. Y de haberlo así ordenado y participado me dareis aviso á manos de mi infrascrito Ministro de

Gracia y Justicia en lo que me serviereis; Y sea muy Reverendo en Cristo Padre Cardenal de Alameda, mi muy caro y muy amado amigo, nuestro Señor en vuestra continua protección y guarda. De Palacio á cuatro de Junio de mil ochocientos sesenta.—Yo la Reina.—El Ministro de Gracia y Justicia.—Santiago Fernandez Negrete.»

«Y deseando como es justo secundar los muy laudables y piadosos sentimientos de S. M. manifestados en la preinserta Real carta la trascribimos á V. S. para que disponga se inserte desde luego en el Boletín eclesiástico del Arzobispado, previniendo que en el primer día festivo inmediato al recibo de esta circular, se celebren en todas las parroquias, é iglesias de los Conventos de Religiosas del Arzobispado, una Misa solemne de accion de gracias cantándose así bien á continuacion el Te-Deum por el feliz término de la gloriosa campaña de Africa y al siguiente dia, un solemne oficio de difuntos con Misa y oracion fúnebre en las iglesias mas notables, por los que han fallecido en la misma guerra; invitándose á las Autoridades civiles y militares de cada localidad por el párroco respectivo, á fin de que estos actos religiosos se verifiquen con todo el esplendor y solemnidad, como deben serlo. De haber recibido la presente y de quedar cumplido lo que en ella se dispone me lo participará V. S. para que yo pueda hacerlo al Gobierno de S. M. segun se me encarga.»

Lo que se inserta en el Boletín eclesiástico de este Arzobispado para que llegue á noticia de los Párrocos y Preladas de los conventos de Religiosas del mismo, y tenga exacto cumplimiento.

Toledo 11 de Junio de 1860.—Tomás Recio Escudero.

Por el Ministerio de Gracia y Justicia, se ha comunicado á Su Ema. el Cardenal Arzobispo mi Sr. la Real orden circular que sigue:

«Emmo. Sr.: La Junta de donativos para los heridos de Africa, ha dirigido á este Ministerio, con fecha 30 de Mayo último la comunicacion que sigue.—Excmo. Sr.: Para que esta Junta pueda cumplir debidamente con la mision que de Real orden le ha confiado el Gobierno de S. M., se hace necesario que V. E. se sirva pasar una circular á los Prelados, á fin de que ordenen á los Curas párrocos de sus respectivas diócesis, que en la Misa mayor del domingo manifiesten á los fieles que las familias, entendiéndose por tales, muger padres, ó huérfanos de los fallecidos en la gloriosa guerra de Africa, acudan á esta Junta con sus reclamaciones justificadas debiendo acompañar las fés de bautismo, cartas de casamiento, y certificado de identificacion espedido por la autoridad local. Esto mismo deberán consignar los Sres. Párrocos en un edicto que harán fijar en el sitio de costumbre de sus respectivos templos. Tambien es del mayor interés que los citados Párrocos den conocimiento á esta Junta de los fondos que en cualquier concepto hayan recaudado en sus iglesias por la guerra de Africa. Lo que de Real orden traslado á V. Ema. para su inteligencia, cumplimiento y efectos que correspondan.»

La que se inserta en el Boletín eclesiástico de este Arzobispado para que los Párrocos la publiquen y cumplan cuanto en la misma se previene. Toledo 14 de Junio de 1860.—Tomás Recio Escudero.

CONFERENCIAS

DEL P. FÉLIX DE LA COMPAÑÍA DE JESUS,
EN LA CATEDRAL DE PARÍS.

(Continuacion.)

III.

Ahora bien, señores, Jesucristo no es únicamente vida que penetra en la familia cristiana, modelo que le dá forma; es, sobre todas estas cosas, la fuerza que la defiende.

Los antiguos, que bajo fábulas mitológicas solian encubrir grandes verdades conservadoras, suponian que el hogar paterno estaba custodiado por dioses domésticos, á los cuales daban el nom-

bre de Penates. Conservaban en casa sus idolillos ó imágenes con veneracion piadosa y sagrado culto, y cuando el destierro, la guerra, la persecucion y las catástrofes lanzaban á los padres fuera de la patria, llevaban consigo á sus divinidades tutelares como el paladion de la familia. Célebre es en la historia y mitología paganas, y en Roma sobre todo, el culto de los dioses Manes, que son las almas de los antepasados. Eran estos objeto de culto especial bajo cada techo doméstico, culto que, como observa un publicista distinguido, puede considerarse como el lado religioso de las familias romanas. «Perpetuidad de sacrificios, culto del alma de los antepasados, cuya alma «revivia en la de los hijos: nada habia fuera de «aquí para el romano: en la familia tenía el cielo «y la tierra:» Cuando esto observamos de cerca llegamos á deseubrir aquí uno de los mayores secretos de la estabilidad de Roma y de su primitiva grandeza. Y se trata, no hay que olvidarlo, de una falsa religion: el error que sirve de velo á la verdad ha podido hacer este milagro.

Pues bien, lo que en la antigüedad pagana era ficcion ingeniosa, mito consolador y nada mas, es en el cristianismo la realidad mas íntima y la verdad mas tierna. Para nosotros Jesucristo es literalmente el verdadero Dios del hogar doméstico, el Dios protector de la familia.

Yo podria observar aquí que el alma de los ascendientes se une en Jesucristo y por Jesucristo al alma de los descendientes, y que al través de los tiempos, todas las posteridades se ligan con todas las paternidades. Jesucristo es la divina cadena que en el seno del cristianismo sujeta generaciones con generaciones: en Él se perpetúa la fé, la doctrina, la adoracion y la vida; Él es la herencia de todos y de cada uno de los hombres, puesto que la familia cristiana es la tradicion de Jesucristo en todos los siglos.

Pero mi intento principal me obliga á considerar á Jesucristo como fuerza protectora de la familia cristiana: Él y solo Él es la argamasa que la une, el escudo que lo protege, la gloria que la ampara, por que Él es por su amor la fuerza que dá á todos los individuos de la familia una cohesion poderosa, que la protege contra todas las causas de separacion, de rompimiento ó disolucion.

Donde quiera que se encuentren seres predestinados á formar sociedad, tiene que haber una fuerza central que mantenga á cada una de las partes en la unidad, es decir, en la fuerza misma que sale del centro. La familia es esencialmente centro de amor, y en esto consiste precisamente

el misterio de su fuerza. En el orden mismo de la naturaleza, existe el amor que ha derramado la Providencia en el corazon de los padres, de las madres y de los hijos; amor que es natural salvaguardia de toda la familia; pero en el estado actual de nuestra civilizaci6n, que amontona tantas causas de rompimiento y divisi6n en el hogar dom6stico, es por lo comun preciso que la familia busque su fuerza y su punto de apoyo en un amor superior 6 la naturaleza y 6 la humanidad; y esta fuerza es para la familia cristiana el amor de Jesucristo; amor que hemos visto en el centro de la vida individual y de la vida social, y que volvemos 6 encontrar aqui, os lo digo lleno de gozo, en el centro de la vida dom6stica para enlazar entre si 6 los miembros de la familia cristiana con unidad y fuerza indestructibles.

El amor de Jesucristo hace para el sostenimiento y fortaleza de la familia cristiana tres milagros que se compendian en uno solo, para desarrollar lo cual seria preciso todo un discurso.

El amor de Jesucristo es la garantfa suprema, la salvaguardia divina de la union de los esposos. ¡Bienaventurados el hombre y la mujer que, acerc6ndose al altar para dar 6 su enlace consagracion solemne, han depositado en el corazon de Jesus el juramento de su eterno amor! Este corazon es el 6nico que puede soportar sin ser abrumado el peso de tan grande juramento: el 6nico que puede salir fiador de una fidelidad inviolable. Cuando este amor es puramente humano est6 sujeto 6 enfermedades que nadie puede curar: ardores pasajeros 6 los que siguen irremediables frialdades; trasportes inmoderados, preludios casi infalibles de largos aros de indiferencia. Arbol eshuberante al brotar las primeras flores, ¡cu6n presto arrebat6 el viento sus d6biles hojas para despojarlo del todo despues de otoño, en el triste invierno de la vida, para el cual no ha de tornar la primavera!

En efecto, por sincero puro y tierno que sea este amor en sus primeras horas, ¡ay! como todo lo que al hombre atañe, est6 sujeto al imperio de la inexorable vejez! Tambien envejece este amor en el corazon humano, y los aros, que van llegando uno tras otro, le roban f6cilmente con el encanto de los primeros dias, aquel vigor que escluye hasta la idea de divisi6n en los corazones que ha unido y que mantiene juntos. ¡Qu6 diferencia cuando el amor profundo de Jesucristo forma el nudo de estos dos amores que se unen y se alimentan en El, rejuveneci6ndose perp6tuamente! Lo eterno es lo 6nico que es siempre j6ven, y el amor de los es-

posos cristianos, enlazados en el corazon de Jesucristo, participa de la eternidad por este corazon eterno. La vitalidad de Jesucristo le presta yo no s6 qu6 esencia que le rejuvenece todos los dias, purific6ndole cada vez m6s, y, sin que el tiempo atance 6 envejecerle, llega 6 la juventud completa en el seno de la eternidad.

¡Ah! esposos cristianos he conocido, cuyos corazones estaban unidos por el doble v6nculo de la afecci6n engendrada por la naturaleza, y por la m6s profunda a6n, que nace de Jesucristo. Habian trascurrido los aros sin poder arrebat6r 6 su m6tuo afecto y felicidad m6s que aquella efervescencia juvenil, aquella llama de la vida que dura tan solo un dia; pero en cambio les habia allegado con un amor m6s sereno, una felicidad m6s tranquila, el aroma puro y delicado que las afecci6nes adquieren conforme se van aproximando 6 la eternidad y 6 Dios, semejantes 6 los rancios licores que el tiempo hace cada vez m6s generosos, quit6ndoles esa aspereza que est6 en el fondo de todo lo nuevo, para darles una suavidad solo comparable 6 su fortaleza! Im6gen fiel de los amores purificados en el corazon de Jesus, y que al declinar la vida llegan 6 ser como el saboreamiento anticipado de los amores eternos, presentimiento de la celestial bienaventuranza!

Este amor de Jesucristo, que consolida la union de los esposos, les apeg6 igualmente 6 los hijos que salen de sus entrañas y al abrigo del hogar, con una fuerza cuyo secreto no posee por s6 sola la naturaleza. Cuando dos corazones se unen en el corazon de Jesus 6 los ojos de Dios y bajo la mano de la Iglesia; cuando Dios les concede la fecundidad; cuando el padre y la madre contemplan una cuna en medio de ellos y en esta cuna al hijo que Dios les envfa en bendiccion del hogar y como una nueva consagracion de sus castos amores; cuando en los trasportes de su gratitud y en el est6s de su cariño esclaman mirando, ¡Oh Jesus! t6 nos lo has dado; nosotros te le devolveremos; conocemos cu6l es nuestro ministerio y nuestra vocacion, queremos que su corazon sea el tabern6culo de tu amor, su semblante el espejo que refleja tu hermosura, y todo su ser el templo en que t6 habites; ¡oh! ent6nces nadie puede decir la dulcedumbre que el corazon de Jesucristo, ambicioso de introducirse con holgura en una posteridad bendita, regala al corazon de los padres, encariñ6ndolos al hogar dom6stico y circundando con la fuerza de su poder 6 toda la familia! Cualquiera que sea la secreta razon de este milagro, lo cierto es que el

milagro se verifica, que el hogar doméstico queda envuelto en un encanto indefinible, que cobra nuevos atractivos, y aleja para siempre de la imaginación de los esposos la idea de buscar en otra parte la dicha que gozan dentro de casa.

No parece sino que esta se transfigura y se convierte en un Tabor á los dulces rayos de luz con que Jesucristo la inunda; no parece sino que deslumbrados con el resplandor que desciende sobre ellos, sobre sus hijos y su morada, se dicen, mirándose el uno al otro: «Bueno es estar aquí; vivamos aquí; aquí contigo; aquí con nuestros hijos; aquí con Jesucristo que nos ampara y quiere hacer de esta vivienda con la dulzura de su amor el vestíbulo del Paraíso. «¿Qué son ya para estos bienaventurados los espectáculos, el bullicio, las diversiones y las fiestas del mundo? Risueños simulacros de felicidad que inventa Satanás para seducir á los que van á buscar fuera de casa una ventura que no han conocido dentro. Para ellos el hogar doméstico tiene sus espectáculos, festines y placeres; y cuando el infortunio llega á penetrar en él, hasta la misma tristeza está revestida de un encanto que vale más para los corazones llenos de Jesucristo, que todas las felicidades que ofrece el mundo, vacío de Jesús.

En fin, señores; hay en la familia una cosa más difícil de conservar que el cariño de los padres á los hijos y al techo que los cobija, y esta cosa es el amor de los hijos á sus mismos padres, el gozo de vivir con ellos, que es la felicidad de los hijos bien criados. ¡Vivir con su padre, con su madre, con sus hermanos, con sus hermanas! ¡Puede haber en el mundo ventura que á esta se parezca, por más que las familias contemporáneas vayan perdiendo tan regalada herencia! ¡Ah! señores; hay una desgracia en vuestro tiempo que hace llorar á muchas madres y es una amenaza para la sociedad entera; y esta desventura consiste en el poco apego que los niños y especialmente los jóvenes tienen á la familia. Este fenómeno procede de diversas causas, que no puedo detenerme á enumerar; pero es palpable y desconsolador. Vuestros hijos aman los espectáculos, aman el baile, las partidas de campo, el club, las carreras de caballos, el juego; vuestros hijos lo aman todo, todo hasta la orgía; pero hay una dicha que no estiman, que no aman: la de estar á vuestro lado, la de haceros dichosos! Semejantes al hijo pródigo, abandonan la casa paterna, para labrarse lejos de vosotros una felicidad egoísta.

Ahora bien, ¿en qué consiste principalmente este enfriamiento del amor filial, en el corazón de

los jóvenes cuyas afecciones formaban en otro tiempo el núcleo de la felicidad doméstica? Consiste en el enfriamiento de la vida cristiana, en la ausencia total del amor de Jesucristo. El joven que ha sacudido el yugo de este amor, y cuyas satisfacciones ya no se cifran en el cumplimiento de sus deberes, no encuentra obstáculo en la naturaleza para emanciparse del hogar paterno, porque antes se ha emancipado de Jesucristo.

¿Habeis visto, por el contrario, el verdadero tipo del amor filial, que tan raro ha llegado á ser en nuestros días? ¿Os habeis tropezado en alguna parte con el joven de diez y seis á veinte años, que se goza todavía en las delicias del hogar paterno, y lo contempla como un paraíso; que anhela por la bendición de su padre, las caricias de su madre y la sonrisa de sus hermanos, y las reputa como la mayor de todas sus satisfacciones? ¿Conoceis al joven que no ha lanzado todavía un grito de independencia, ni hecho un gesto de rebelión, ni la menor indicación del egoísmo? ¿El joven que se enternece con todo lo que es de su padre, de su madre, de sus hermanos, de sus hermanas; que llora de alegría al verlos venturosos, y de tristeza al verlos afligidos? ¡Oh! si conoceis á este hijo, que esparce en torno suyo el regocijo de su corazón y la pureza de su alma, como una flor exhala su perfume: si por ventura habeis hallado entre vosotros una tan bendita criatura, os lo declaro sin rebozo, en ella habeis hallado á Jesucristo, no hay remedio; su alma lleva la vida, su rostro el reflejo, y su corazón el amor de Jesús.

Ya lo estais viendo: este amor es el santo vínculo que enlaza á toda la familia, dándola invulnerable unidad. Padre y madre, hermanos y hermanas, reclinados todos en el corazón de Jesús, arraigados en su amor, pueden desafiar á la naturaleza á que rompa su unión; y dentro de los sagrados vínculos de este amor, que les hace gravitar sobre un mismo centro, pueden esclamar: ¿quién nos apartará de la caridad de Jesucristo? ¿quién separará al marido de la mujer, á la mujer del marido, á los padres de los hijos, y á los hijos de los padres? No, nadie quebrantará la unidad de la familia que se arraiga en Jesucristo, vida y modelo de ella; vida que la penetra; modelo que la da forma: Jesucristo es su custodia, y nada tiene que temer quien para guardia suya tiene al mismo Dios.

(Se continuará.)

Editor, D. Severiano Lopez Fando.